

ESTUDIOS

EL TOCUYO: UN PUEBLO DE TIERRA ADENTRO (1830-1890)

Por ERMILA DE VERACOECHEA

INTRODUCCIÓN

La vida de un pueblo no siempre vibra con el mismo ritmo de la vida nacional.

A pesar de que los acontecimientos nacionales, en una u otra forma, inciden en el desarrollo local, el pueblo a veces puede mantenerse un tanto aislado de ese acontecer, retrayéndose dentro de sus propias circunstancias y palpando las vivencias de su diario existir.

El Tocuyo, en esa etapa republicana que se extiende entre 1830 y 1890, ve transcurrir una serie de acontecimientos bélicos que van a signar esas seis décadas con todo su impacto arrollador.

Sin embargo, dentro de ese agitado panorama nacional, El Tocuyo logra mantener una tradición: la de permanecer fiel a sus principios y costumbres, sin tomar parte activa en cambios e innovaciones que presagian los nuevos tiempos.

El conservadurismo de los godos tocuyanos de la época colonial, se prolonga hacia el devenir histórico del siglo XIX y aun con los cambios inevitables del progreso y de las nuevas mentalidades, la modernidad no entra fácilmente en ese pueblo que se aferra a su arraigada tradición.

Debido a este modo de ser del tocuyano, se logra preservar un sistema de vida que abarca economía, política, sociedad y cultura, en el más restringido sentido de la palabra.

Es éste el enfoque que pretende lograr este trabajo: observar las repercusiones de los hechos de una nación en un pueblo de tierra adentro: El Tocuyo del siglo XIX.

I) GEOGRAFÍA

Los factores geográficos de una región determinan en gran parte las circunstancias de su proceso histórico y la comprensión de ciertos hechos está supeditada a la observación y análisis de esos factores.

1. - *Punto de enlace entre los Andes y la Cordillera de la Costa*

El hecho de ser El Tocuyo ese punto de convergencia entre dos cordilleras de la magnitud de las citadas, hace de esa microrregión una zona de importancia a través del tiempo.

Ha sido siempre el centro de unión de la extensa región andina con la del valle del río Tocuyo, además de que cuenta con un caudaloso río que hace de su valle una tierra propicia para la agricultura. Esta es, fundamentalmente, de riego, y durante cientos de años ha sido aprovechada para el cultivo de la caña de azúcar, aunque también las laderas de las montañas han sido utilizadas para la siembra del café, que desde el siglo XIX representa un factor de relevancia económica.

La zona tocuyana es un estrecho valle de unos 36 kilómetros de largo por sólo uno de ancho, situado a las márgenes del río del mismo nombre y a una altura de 623 metros sobre el nivel del mar.

El clima es subtropical, con épocas lluviosas y secas muy marcadas y una temperatura media de 26°C.

Hacia la zona de los Humocaros, cercana a El Tocuyo, pueden verse ya las últimas estribaciones de la Cordillera Andina y en El Tocuyo comienzan las serranías de la Costa.

Esa antigua ciudad fundada por Juan de Carvajal en 1545, quedó asentada en un lugar verdaderamente estratégico que, además de facilitar la penetración hacia el interior de la provincia, estaba resguardada de los ataques de piratas y corsarios, que en el siglo XVII fueron el azote de los pueblos; además la fertilidad de su valle fue, desde el comienzo, un incentivo para los conquistadores que iniciaron la verdadera colonización cuando se percataron de que la auténtica riqueza estaba en la explotación sistemática de la tierra y no en el fabuloso El Dorado.

Desde entonces El Tocuyo se convirtió en centro económico y político de la región: fue ruta de paso en el tráfico interregional y núcleo de expansión colonizadora.

La fertilidad de su valle, la abundancia de aguas y su situación geográfica, coadyuvaron en su progreso y desarrollo.

El hecho de ser una de las zonas sísmicas más peligrosas del país, no ha influido demasiado negativamente, y a pesar de haber sido dañada en varias ocasiones, la ciudad se ha reconstruido y vuelto a comenzar.

La misma significación geográfica que tuvo ante los ojos de los conquistadores españoles de los siglos anteriores, la observaron los criollos del siglo XIX que en sus alzamientos y revoluciones trataron siempre de involucrar a El Tocuyo, como punto de importancia estratégica.

Sin embargo, su misma ubicación hace que la ciudad permanezca mirando hacia adentro, dentro de sus propias serranías, sin mucho interés por parte de sus moradores de abrir sus puertas a influencias foráneas.

2.- *Importancia del río y fertilidad de la tierra*

Alguien dijo que el río Tocuyo representa para su ciudad lo que el Nilo para Egipto, por cuanto fertiliza una gran faja de tierra en medio de una zona desértica. Recordemos el paisaje del camino entre El Tocuyo y Quíbor, donde las tunas y el cúj sobresaen sobre la tierra roja, de absoluta aridez. Es el mayor de los ríos del occidente venezolano que desemboca en el Mar Caribe.

Nace en el Páramo de Gendé, a 3.652 metros sobre el nivel del mar; recorre unos 320 kilómetros hacia el norte y allí bordeando el Páramo de Los Nepes, da una curva hacia la ciudad de El Tocuyo.

Según Lisandro Alvarado, el origen del nombre que al comienzo fue *Tucuyo*, significa *zumo de yuca*.¹

Este río, en épocas pasadas, fue grande y navegable, y aproximadamente en 1720, se construyó una fragata llamada "La Tocuyana" que a través del río llegó al Mar Caribe y luego a Veracruz, en México.

Más de 13 quebradas alimentaban el caudal del río y la causa fundamental de su caudalosidad era la profusa vegetación de sus cabeceras y márgenes, donde existían grandes bosques madereros.

El agua del río fertilizaba las huertas de las casas y allí se daba gran variedad de frutas y hortalizas.

Las haciendas de "labor y pasto" que regaba el río eran un emporio de riqueza para su dueños, que desde tempranas épocas se dedicaron al cultivo de la caña de azúcar, utilizando un apropiado sistema de regadío. Más tarde, ya a finales del siglo XIX, el café cultivado en las laderas de las montañas va a ser otra fuente de riqueza para los tocuyanos.

Importantes casas* comerciales, como la de García Hermanos y la de los Anzola Tamayo, ven aumentar sus ganancias en la compra-venta del café en grano.

Sin embargo, antes y ahora, la fertilidad y aprovechamiento de la tierra ha sido dedicada, en su mayoría, a la caña de azúcar.

El régimen de aguas en El Tocuyo fue siempre materia de interés para los cabildantes y vecinos, determinándose cuántos días de agua le correspondían a cada hacendado, de acuerdo con los desvíos de ríos, bucos y acequias.

Cuando se vendía una propiedad de ese tipo, se ponía énfasis en determinar el agua con que podía contar, ya que a pesar de su abundancia era bien administrada para sacarle el mayor provecho. Aun en épocas de sequía o "verano", el río mantenía su caudal suficiente, aunque disminuido.

Refiriéndose al río a comienzos del siglo XIX, dice Depons² que por los ríos Tocuyo y Yaracuy se transportaban maderas a Puerto Cabello, para la construcción de navíos.

1. LISANDRO ALVARADO. *Glosario de Voces Indígenas de Venezuela*, T. 1, p. 337.

2. FRANCISCO DEPONS. *Viaje a la parte oriental de Tierra-Firme*, T. I, p. 44.

A comienzos de 1880, la zona adquiere importancia económica con el avance de los cultivos cafetaleros, en los sitios donde la altura condiciona una mayor pluviosidad. Y en las zonas más bajas, regadas por el río, prospera el cultivo cañero.

“...en 1883 la ciudad de El Tocuyo ha consolidado su poblamiento que se distribuye en una morfología regular embellecida por las residencias donde habitan los propietarios de los campos de los entornos que se han enriquecido por los beneficios de la agricultura de la caña de azúcar y el café”.³

Y es así, debido a la importancia del río y a la fertilidad de la tierra, que El Tocuyo va adquiriendo una estabilidad económica que le permite mantenerse firme ante los avatares políticos de la Venezuela del siglo XIX.

II) ECONOMÍA

Desde siglos anteriores las actividades económicas de los tocuyanos se desarrollaban en tres vertientes: la agricultura, la ganadería y el comercio.

1. - “La Ciudad de los Lagos Verdes”

Don José Luis de Cisneros se expresaba de los tocuyanos diciendo que eran “buenos trajinantes”, refiriéndose a su actividad comercial.

A medida que transcurría el tiempo, sus vecinos, en su mayoría agricultores, ganaderos y comerciantes, extendían sus propiedades fundando haciendas y potreros.

Con el agua del río fertilizando las huertas de sus casas, aumentó considerablemente la producción de frutas: se daban, de la mejor calidad, los higos, granadas, naranjas, limas, limones y cidras. Con los membrillos, higos y camuezas (manzanas criollas) se elaboraban dulces y conservas de gran calidad, que eran transportados a ciudades distantes, a lomo de mula, a través de fragosos caminos.

Las laderas de ríos y quebradas se fueron convirtiendo en estupendos pastizales donde proliferaba el ganado. Las haciendas de labor (algodón, maíz, cacao, trigo) y las de trapiche (caña de azúcar) competían con los potreros de ganado mayor (vacas, caballos) y menor (cabras).

En El Tocuyo y sus alrededores regía una economía del campo y la vida cotidiana transcurría entre el campo y la ciudad: los dueños de haciendas vivían en el pueblo y trabajaban en las afueras, en sus fincas propias o administrando las de otros.

Para mediados del siglo XVIII el cuadro agrario de su jurisdicción estaba representado por tierras extensas, siembras de comunidad indígena, conucos de pro-

3. PEDRO CUNILL GRAU. “El País Geográfico en el Centenario del Nacimiento del Libertador”. En *Venezuela 1883*, p. 297.

piedad individual indígena, tierras arrendadas a mestizos y tierras propiedad de los esclavos (“arboledillas”).

La mayoría de las haciendas y hatos estaba en manos de unas pocas familias, emparentadas entre sí: los Yépez, los Gil, los Reinoso, los Escalona, los Tamayo, los Colmenares, los Mendoza, etc.

Las mejores tierras se van incorporando al dominio privado, comenzando su ascenso en las postrimerías del siglo XVII y acentuándose en el siglo XVIII y primeras décadas del XIX.

Desde 1863 la firma mercantil García Hermanos y Cía., mantenía relaciones comerciales directas con Europa y los Estados Unidos.

En 1888 la ciudad de El Tocuyo tenía 15.383 habitantes y 2.199 casas de habitación.

Para ese mismo año la producción de 20 haciendas de café se elevó a 20.000 quintales. Las 40 haciendas de caña, con 15 ingenios movidos por agua, produjeron 2.000 cargas de papelón, 5.000 quintales de azúcar y 5.000 cargas de aguardiente. La exportación fue de 21.000 quintales de café y 5.000 docenas de cueros de chivo. En la ciudad se vendieron 4.000 arrobas de chimó, 1.000 cargas de ajo, 5.000 fanegas de maíz, 1.000 de otros granos, 6.000 arrobas de queso, 500 docenas de sacos de henequén, 365 reses y 500 cerdos.

En El Tocuyo de esa época la agricultura tenía un marcado predominio sobre el comercio y la industria.

“La ciudad de los lagos verdes”, la llamó el poeta Montesinos, porque desde la altura las haciendas de caña, a lo lejos semejan inmensos lagos verdes.

2. - Los dueños de la tierra y de las voluntades

A mediados de este último siglo ya son los grandes propietarios los amos de la zona. Son los dueños de la tierra y de las voluntades, pues la presión económica que ejercen sobre la masa de asalariados que vende su fuerza de trabajo, los hace cada vez más poderosos.

Esta circunstancia hace que día a día sea más profunda la brecha social, que establece hondas diferencias entre los amos y su servidumbre. Relación ésta que, aun después del año 54 en que queda abolida la esclavitud negra, ofrece ciertas singularidades que prevalecen durante muchos años entre las distintas “capas” de la sociedad.

La discriminación social que cada vez se acentuaba más entre los tocuyanos, quienes eran muy celosos de que la “gente de primera” mantuviera incólume su status, sin mezclarse con los de “segunda” o “tercera”, se profundizaba a medida que pasaba el tiempo.

Sin embargo, desde el punto de vista biológico, esta preponderancia de los “blancos principales” era negativa, pues al insistir en esos matrimonios entre pa-

rientes, para así preservar la familia, la tradición y los bienes de fortuna, ocasionaba descendientes con taras genéticas. De allí que en muchas de las casas tocuyanas, amplias y abiertas para aminorar el cálido clima, con sus habitaciones enladrilladas alrededor de un gran jardín con fuente de agua, nunca faltaba el llamado "cuarto del loco", refugio de algún demente miembro de la familia, que por años permanecía en su encierro para no avergonzar demasiado a los demás parientes, al ser motivo de burla o lástima por parte de las "visitas" que frecuentaban la casa solariega.

Allí, en el hogar, se hacía la voluntad del amo, del jefe de familia.

La vida de la esposa giraba alrededor del marido, los hijos, la cocina, la iglesia y las labores manuales.

Las hijas debían seguir el mismo ejemplo de la madre, perfeccionándose en el bordado y tocando el piano o la guitarra, para deleite de los asiduos asistentes a las "veladas", que eran fiestas familiares donde había música, canto o representaciones teatrales.

En ese mundo limitado, donde el máximo paseo era ir a misa de madrugada o a "temperar" a las fincas del padre, las hijas esperaban pacientemente hasta que el jefe de familia hacía un buen trato para darlas en matrimonio.

Por lo general la madre no opinaba, sino que acataba la decisión del esposo con respecto a su hija.

Los hijos varones iban a Caracas a estudiar en el Seminario o en la Universidad, luego regresaban al pueblo a casarse con una prima y a encargarse de la hacienda del padre, cuando no se decidía a aceptar algún cargo político.

En esta forma se entrelazaban fortunas y nexos familiares, por obra y gracia de la voluntad del padre.

Herencias y dotes eran pilares del patrimonio familiar.

3. - *La caña dulce*

La caña de azúcar, originaria de la India, fue introducida en América a través de Santo Domingo, extendiéndose luego su cultivo por todo el continente.

Las tierras tocuyanas siempre fueron aptas para dicho cultivo. Grandes extensiones se dedicaron a este producto y con el tiempo fue la principal riqueza de la zona.

Es posible que Juan de Ampíes la haya introducido por Santa Ana de Coro y quizá Juan de Carvajal comenzó su siembra en El Tocuyo.

Desde ese momento la historia de la ciudad siempre ha estado ligada a la de la caña dulce y desde el siglo XVII el comercio de ese producto comienza a tener importancia.

Ya don José Luis de Cisneros hablaba, en 1625, del azúcar “blanca y prieta” de los trapiches locales.

En 1761 funcionaban allí 58 trapiches y en 1768 había 28 haciendas de caña.

Durante todo el siglo XIX su cultivo continúa en ascenso y el cuidado personal de los dueños de haciendas y trapiches fue factor determinante de su auge.

Entre los tocuyanos que en el siglo pasado le dieron todo su esfuerzo a la producción y procesamiento de la caña de azúcar, figuran: don Heriberto Tamayo, quien en sus haciendas “Buenos Aires” y “La Estrella” instaló, por vez primera en la región, una máquina centrífuga. Allí se fabricaba alcohol y se sacaba el papelón.

Don Cornelio Gil instaló centrífugas traídas de Inglaterra, en su hacienda “Sabaneta”, donde produjo un tipo de azúcar denominado “La Media Luna”.

Don Tomás Lozada, en sus haciendas “San José de Las Palmas” y “La Estancia” produjo azúcar de la famosa marca “La Estancia”.

Don José Antonio y don José Manuel Tamayo Pérez, refundieron las haciendas “San José” o “La India” y “El Palmar”, en una denominada “El Callao”, donde utilizaron centrífugas de fabricación francesa.

José Crispiniano Colmenares, quien llegó a ser dueño de las haciendas “San José”, “La Concepción”, “La Estrella” y “Buenos Aires”, cuatro de las mejores fincas tocuyanas, se dedicó activamente al citado cultivo y más tarde, ya en el siglo XX, funda el primer Central del valle, denominado “Los Palmares”, donde por primera vez se produce azúcar en polvo, mientras los demás seguían sacando papelones.

Este auge de la economía tocuiana en base a la siembra y procesamiento de la caña dulce, va a constituir un paso positivo hacia la industrialización.

Volviendo un poco atrás, es necesario recordar que en 1824 se erigió la Provincia de Carabobo y en ella quedó comprendida la región de Barquisimeto y pueblos de su jurisdicción.

Ocho años más tarde, bajo la Presidencia del General José Antonio Páez, se decide separar a Barquisimeto y sus pueblos para formar una nueva entidad denominada Provincia de Barquisimeto (1º de julio de 1832). A ella se le asignaron los Cantones de Barquisimeto, San Felipe, Yaritagua, Quíbor, El Tocuyo y Carora.

Este hecho histórico origina una serie de transformaciones, no sólo desde el punto de vista jurisdiccional, sino también en cuanto a ciertas modificaciones en el desarrollo económico y social de la región.

El hecho de haberse desprendido tantas ciudades y pueblos de la antigua jurisdicción carabobeña y cesar así la dependencia de la lejana Valencia, para aferrarse a la capitalidad barquisimetana, más cercana por la geografía y por la historia, fue el inicio de una etapa de progreso en la Provincia.

Surgió así una garantía de mejoramiento regional, al cohesionarse pueblos nacidos de una misma simiente y tradición.

Aunque desde ese momento la ciudad de Barquisimeto adquiere una supremacía política tan sólo comparable con la que había tenido Valencia, la polarización de sus actividades comerciales va a beneficiar a ciudades como El Tocuyo, que ve un aumento de sus transacciones económicas en base a su producción de caña.

Concluida la Guerra Federal, se constituye el Estado Federal de Barquisimeto y en 1864 el General Nicolás Patiño resuelve trasladar la capital provincial a Cabudare, cambiándose al Departamento Cabudare el nombre por el de Terepaima.

En 1869 Barquisimeto recupera su capitalidad. En 1881, Guzmán Blanco crea el Estado Norte de Occidente y al poco tiempo le da el nombre de Estado Lara, en honor a Jacinto Lara, a quien nombró Presidente Constitucional del Estado en 1882.

Los Estados Lara y Yaracuy son fusionados en 1904, pero recuperan su autonomía en 1909, bajo el gobierno del General Juan Vicente Gómez.⁴

Es a finales del siglo pasado cuando la economía tocuyana, estructurada en base a la caña dulce, comienza a penetrar el mercado nacional y, ya en este siglo, con la creación del "Central Tocuyo", el esfuerzo de un grupo de antiguos hacendados tocuyanos ve materializar sus aspiraciones cuando el azúcar tocuyano se infiltra en muchas de las ciudades venezolanas y traspasa las fronteras patrias para ir a los mercados extranjeros.

III) POLÍTICA

Felipe II le otorgó el título de "Muy Leal Ciudad de Nuestra Señora de la Concepción de El Tocuyo". Y a esa lealtad fueron siempre fieles los tocuyanos, a través del tiempo histórico.

El respeto y amor a su Rey, por encima de todo, fue la consigna tácita de la gente noble de la ciudad.

1. - *El Tocuyo: un pueblo "realista"*

Y así transcurrió el tiempo y sin mucho entusiasmo se plegaron los tocuyanos a la independencia.

El Tocuyo y Carora, a pesar de su cercanía, siguieron dos rumbos opuestos ante la gesta emancipadora: pueden haber sido las diferencias geográficas factores

4. ERMILA DE VERACOECHEA. *Apuntes sobre la creación de la Provincia de Barquisimeto*. Boletín Academia Nacional de la Historia N° 259, jul.-set. 1982, pp. 619 y ss.

influyentes y determinantes de este comportamiento, pues mientras El Tocuyo veía transcurrir su vida entre las últimas estribaciones del paisaje andino, Carora se extendía por sus llanuras. Es posible que este factor geográfico haya podido repercutir en forma diferente en el ámbito de las dos microrregiones, creando circunstancias externas que moldearon el espíritu y el sentir de sus habitantes en forma diferente.

Los tocuyanos, organizados en guerrillas, estorbaban el paso del ejército patriota. Lo cierto es que mientras los caroreños se sumaban entusiasmados al movimiento emancipador, los tocuyanos permanecieron leales al sistema imperante y tan sólo en forma circunstancial colaboraron en la gesta.

De allí que los próceres tocuyanos hayan sido muy pocos, y en cambio en el ámbito cultural siempre tuvieron un significativo aporte.

Podemos decir que el único tocuyano que actuó en las guerras bolivarianas, distinguiéndose por su actuación, fue el General José Trinidad Morán.

Los tocuyanos, celosos en extremo de los privilegios con que se habían mantenido durante siglos, preferían conservar sus tradiciones y costumbres antes que abocarse a transformaciones sociales que a la larga podían perjudicar su sentido de nobleza local.

El igualitarismo que pregonaban las nuevas ideologías no tenían campo propicio en las mentalidades tocuyanas, que por otra parte se veían influidas por el fanatismo religioso que exaltaban los sacerdotes de la región y que siempre habían marcado su norma de vida y de acción.

Otro factor negativo era el de que la ciudad no era ruta de paso de las expediciones libertadoras, lo cual va a cambiar muy poco en el siglo XIX, ya que aunque las circunstancias eran otras, sin embargo El Tocuyo permanece siendo una zona alejada en cuanto no fue nunca el centro de acciones hostiles hacia los gobiernos de turno.

Quizá esa misma circunstancia actuó favorablemente en beneficio de la vida agrícola y cultural de El Tocuyo, ya que las acciones bélicas, en ningún tiempo, perturbaron notablemente la actividad intelectual y económica de sus pobladores.

2. - *Las "revoluciones" y las "guerras"*

"Las revoluciones salen de Guaitó". Esta era una frase común en la época que tratamos, pues si es cierto que los tocuyanos permanecieron más o menos aislados en sus actividades durante la guerra de independencia, no es menos cierto que después del año 1830 y durante todo el largo período de convulsiones políticas del siglo XIX, actuaron con mayor interés por la causa que siempre los había motivado: la estabilidad del régimen político en aras de una paz que les permitiera trabajar y mantener su nivel de vida económica y cultural.

Sin embargo, no se puede decir que esas "revoluciones" eran para apoyar los movimientos subversivos que surgían en otros sitios del país: eran más bien

guerrillas organizadas para impedir el paso de ejércitos alzados en apoyo del líder de turno.

Para los tocuyanos lo importante no era colaborar con los alzados, sino ir contra ellos, como castigo por perturbar su vida y sus costumbres.

Aun cuando la idea era mantenerse aislados, en lo posible, de las convulsiones políticas que signaron el siglo XIX venezolano, en cada uno de los pueblos (y El Tocuyo era uno de ellos) existían federalistas y conservadores que, en una u otra forma, ponían cierta agitación política en la apacible vida cotidiana.

3. - Influencia de la política del país en la política local y viceversa

La política convulsionada del país en los años 70 del siglo pasado, era un factor de disturbios y de tensiones en toda la nación: la entrada triunfal de Guzmán Blanco a Caracas marca un hito en la historia de ese siglo. Comienza con más fuerza la represión, por cuanto era interés del régimen estabilizarse definitivamente.

Muchos son las ciudades y pueblos del interior que se ven sacudidos por las fuerzas del régimen. Las personas "desafectas" al nuevo gobierno, eran apresadas y enviadas a Caracas. Algunos claudicaron ante la avalancha represiva y se plegaron al nuevo gobierno liberal. Las cárceles de todo el país estaban llenas de "prisioneros de guerra".

Hubo varios contactos de evasión de presos, lo cual intensificó más aún la vigilancia.

De muchas partes llegaban presos políticos para las cárceles de Caracas y La Guaira.

Sin embargo, en la zona de El Tocuyo parece ser que el descontento sólo se manifestaba a través de los periódicos que allí existían, donde en encendidos editoriales se atacaba al gobierno y se expresaban las ideas conservadoras de sus colaboradores.

En términos generales podemos decir que El Tocuyo, durante las calamitosas vicisitudes bélicas del siglo XIX, se mantuvo efectivamente al margen de las contiendas, así como lo había hecho en el período independentista, pero sí actuó desde el punto de vista literario e ideológico a través de las publicaciones periódicas que tuvieron la característica de ser órganos representativos del sentir de toda una colectividad, transformando la información en tribuna política y destacándose en ella la fidelidad de sus apreciaciones en materia doctrinaria.

Es posible asegurar que más influyó la política local en la política del país a través de periódicos, escritos, discursos y proclamas eclesiásticas, todo dentro de un contexto intelectual de altura, que las acciones políticas del país en la estructura misma de la sociedad tocuyana.

Esta sociedad permaneció al margen del hecho material de las acciones de violencia por las diversas tendencias políticas, pero en cambio se hizo presente en la vida política y cultural de la nación a través de sus escritos.

El clima de intranquilidad que todavía reinaba años después de concluida la Guerra Federal tuvo en El Tocuyo su más alta expresión durante los años en que circularon periódicos de gran renombre, como "El Aura Juvenil", "El Progreso", "El Tocuyano", "La Idea" y "El Ciudadano".

"El Aura Juvenil" fue el órgano del Centro Cultural "Club de Amigos", cuyo Presidente era don Manuel Rodríguez López. Entre los jóvenes colaboradores de este periódico figuraron los estudiantes del Colegio "La Concordia" José Gil Fortoul y Lisandro Alvarado.

"El Ciudadano" también era redactado por Gil Fortoul. El principal redactor de "El Tocuyano" era don José Benito Hurtado. De este periódico dijo don Cecilio Zubillaga Perera que "fue un periódico culto y bien intencionado por la cosa pública...".

El primero de estos periódicos tocuyanos fue "La Idea", cuyos principales redactores fueron Hilario Luna y Luna y Leandro Colmenares.

"El Tiempo" fue otro periódico tocuayo del siglo XIX que hizo una gran labor doctrinaria a favor de los intereses políticos y sociales del pueblo tocuayo.

Entre los políticos teóricos que dirimieron sus luchas a través de artículos periodísticos, por ser de bandos contrarios, se distinguieron los Dres. Espíritusanto Gil (alias "El Pelón Gil") y Juan de Jesús Rodríguez. Fueron hombres de un gran talento, que mediante sus escritos le dieron a El Tocuyo una actividad política de gran relevancia.

Todas las inquietudes intelectuales que despertaban los artículos periodísticos de esa época, eran comentados en largas tertulias nocturnas que se llevaban a cabo en la casa del célebre maestro Don Egidio Montesinos, llamada "El Ateneo Tocuyano".

IV) SOCIEDAD

Todos aquellos usos y costumbres que durante más de trescientos años marcaron la huella de la tradición colonial, no sufrieron modificaciones sustanciales después de la independencia.

1) *La tradición del mantuanismo*

Por el contrario, algunos se arraigaron más a la tradición existente por cuanto era la herencia cultural que ahora retomaba la patria independiente.

Con más razón, después del año 1830, separada Venezuela de la Gran Colombia, ante la responsabilidad de iniciar una vida políticamente independiente,

la sociedad se aferró aún más a sus tradiciones como un modo de afianzar el recuerdo de un pasado estable y de honda raigambre con la madre Patria.

Es decir, que tanto por imperativo de la norma jurídica como por la tradición, muchos de esos usos y costumbres que heredamos, sobre todo, del Reino de Castilla, permanecieron inalterables en estas tierras y en los casos en que hubo ciertas modificaciones o adaptaciones, siempre conservaron el recuerdo de su origen primigenio.

Es útil recordar que estas tradiciones fueron herencia cultural de Castilla, y no de España, pues ésta no existía como tal: eran reinos separados, con muy pocas cosas en común y realmente la herencia recibida es el legado de Castilla.

Las mismas diferenciaciones de los grupos sociales que por tres siglos se habían mantenido en la sociedad colonial, una vez producida la independencia se mantienen y se conservan: la esclavitud negra continúa hasta 1854, en que José Gregorio Monagas los declara libres de todo yugo.

Ni la guerra de independencia, con sus consignas de libertad e igualdad logró suprimir la esclavitud, ya que eran muchas las presiones sociales y económicas que impedían tomar tal decisión.

Es a partir del año 54 cuando queda abolida la esclavitud; sin embargo, necesaria fue la Guerra Federal (1859-1863) para poder lograr una cierta igualdad en el sentido de considerar a todos *ciudadanos* de un país libre.

Ese cuarto de siglo transcurrido entre la desintegración de la Gran Colombia y el cese de la esclavitud, quedaron intactos los usos y las costumbres para cada grupo: las ocupaciones, profesiones y diversiones variaban notablemente entre blancos, negros, indios y pardos y aún existían grandes desigualdades entre los blancos peninsulares, los blancos criollos y los canarios o blancos de orilla.

Aún después de suprimidos los llamados Libros Sociales, donde se estampaba por separado el nacimiento de los diversos grupos, quedando identificados en el Libro de Blancos, en el Libro de Negros o en el Libro de Pardos, sin embargo, de hecho, continuó la discriminación social, ya que todo variaba según el color de la piel y la posición socioeconómica de la familia dentro de la comunidad.

La tradición del mantuanismo era muy fuerte y fue quizás en los pueblos y ciudades del interior de la provincia donde más arraigo tuvo este fenómeno.

La antigua sociedad respetaba las tradiciones de sus antepasados, con el mismo fervor con que más tarde luchó por sus ideales de libertad.

En El Tocuyo, esta influencia mantuana cobró fuerza y vigor después de la independencia, por cuanto el mismo hecho de no ser decididos partidarios de la separación, coadyuvó en afianzar tal situación.

Los "godos" tocuyanos trataban, por todos los medios, de mantener su antigua jerarquía y a este fin estuvieron dedicados todos sus esfuerzos y luchas.

2. - *La gente de "primera, de segunda y de tercera"*

La sociedad del siglo XIX permaneció dividida: en la colonia se hablaba de blancos, negros y pardos; después de 1854, cuando la legislación abolió la esclavitud, se hablaba de hombres libres; y a partir de 1863, cuando la Federación, aparentemente estableció la igualdad social y nadie más era "señor" sino "ciudadano", aun así, permanecía la sociedad dividida: ahora era la gente "de primera, de segunda y de tercera" la que estructuraba los distintos niveles de esa sociedad.

En ciudades de honda raigambre "realista", como El Tocuyo, donde las tradiciones venían marcadas por el respeto hacia un pasado lleno de gloria, donde la gente sentía el orgullo de no haber hecho casi nada en favor de la independencia, precisamente por un sentimiento de lealtad hacia el Rey y por una responsabilidad de mantener las estructuras heredadas por trescientos años de gobierno español, era muy difícil desprenderse, de un día para otro, de todo un sustrato de una ideología donde lo fundamental era el mantenimiento de un orden establecido y de una tradición respetada.

Por eso, después de la independencia y aún después de la Guerra Federal, la palabra "igualdad" no tenía un gran sentido dentro de esa sociedad: esa igualdad sólo podía entenderse entre gente de un mismo grupo: iguales eran los "de primera" entre sí, pero nunca podrían igualarse éstos con la gente "de segunda" o "de tercera".

Cuando un joven "de primera" intentaba unirse en matrimonio con una chica "de tercera", era realmente repudiado por familiares y amigos, quienes presagiando el fracaso de tal matrimonio veían con horror el desmejoramiento de la "raza".

De esta mentalidad tan estrecha tenían que surgir graves problemas sociales: hijos adulterinos que de por vida sufrían el pecado de los padres; hijos que eran abandonados por la madre en las puertas de iglesias y conventos; infidelidades que amargaban la vida del cónyuge y otros problemas que había que sufrir en silencio por temor a las murmuraciones y comentarios de los demás: por temor "al que dirán"...

Por supuesto, que en ciudades como El Tocuyo, donde el número de hombres y mujeres "casaderos" no era muy voluminoso, frecuentemente se casaban entre parientes muy cercanos, ya que por el mismo prurito de que se mantuviera la diferenciación de grupos, los matrimonios eran "arreglados" por los padres, teniendo preferencia por casar primos entre sí, a fin de conservar tanto la unidad social de la familia como la unidad económica de la misma.

En el período estudiado y aún a comienzos de este siglo podemos observar que los apellidos de la alta sociedad se mezclan repetidas veces: Yépez, Tamayo, Montesinos, Rodríguez, Cardot, Sequera, por uniones matrimoniales se van transformando en Tamayo-Yépez, Rodríguez-López, Sequera-Cardot, Felice-Cardot, Tamayo-Suárez, Suárez-Tamayo, Tamayo-Pérez, Yépez-Gil, etc., y otras combinacio-

nes que, en resumidas cuentas, son la mezcla entre sí de ocho o diez familias tocuyanas.

Los usos y costumbres de esos tiempos son el resultado de la influencia española y africana sobre el sustrato indígena autóctono.

El interés ancestral de los tocuyanos por la música y el baile le dan una característica muy especial que tiene su origen en épocas remotas.

Las diversiones no eran muy variadas ni frecuentes y éstas quedaban reducidas a las festividades religiosas de sabor español y a las fiestas públicas o privadas que fomentaban sus habitantes.

Los fandangos eran antiguos bailes de origen andaluz y en El Tocuyo tuvieron gran acogida por parte de la juventud de entonces. El baile se acompañaba con música de guitarra, castañuelas, violín y platillos. El fandango, la cuadrilla, el vals y la polka o mazurca fueron imponiendo su ritmo dentro de esa sociedad.

Los bailes se hacían en casas de familia cuyas ventanas, de par en par, permitían que los de "clases bajas" pudieran formar "barras" para observar el deslumbrante atavío de señoras y jovencitas.

Es obvio que toda niña de sociedad asistía al baile acompañada de padres y hermanos que la "representaran": en su carnet de baile podía anotar las piezas dedicadas a cada pretendiente, pero si comprometía la primera y la cuarta pieza con un mismo joven, ya podía considerarse un compromiso entre ambos o, por lo menos, una aceptación de entendimiento mutuo.

El verdadero "compromiso" existía desde el momento en que los padres del joven visitaban a los padres de la muchacha para "pedir su mano". En esta ceremonia generalmente estaban presentes los padres y las tías solteras que se habían quedado "para vestir santos" y que veían materializar sus ilusiones en el noviazgo de la sobrina predilecta.

La vida monótona del pueblo se veía sacudida durante las Misas de Aguinaldo del mes de diciembre: el "estreno" de ropa y accesorios era casi obligatorio, a fin de asistir de madrugada a las misas que luego concluían con paseo hacia el río.

Las "comedias" y "cuadros vivos" en las casas de las familias más acaudaladas también ocupaban la atención de la juventud, que tenía la oportunidad de expresar sus dotes histriónicas en los improvisados escenarios.

Concluidos los ensayos, los asistentes eran obsequiados con el tradicional dulce de leche y el amasijo tocuyano.

Otra de las grandes distracciones eran los paseos al río Tocuyo, donde iban las jóvenes acompañadas de sus "chaperonas".

Pero la gran ilusión eran los días pasados en las haciendas de los alrededores, adonde el gran lujo de las tocuyanas consistía en usar alpargatas, emulando así a las campesinas del lugar.

Las visitas de los novios, por lo regular, estaban circunscritas a dos días a la semana y esto sólo hasta tempranas horas de la noche, pues ya a las 8 p.m. el pueblo se veía desierto, por cuanto la costumbre era dormir temprano para levantarse al amanecer, “con los gallos”: las mujeres a la iglesia a su “comuni3n diaria” y los hombres a sus haciendas.

V) CULTURA

Los m1s remotos 3rdenes del proceso educativo en El Tocuyo se encuentran en sus Conventos: la instrucci3n conventual marca el comienzo de una brillante etapa en la cual El Tocuyo va a ser el centro cultural de la regi3n y va a ocupar un puesto dif3cilmente igualado en la naci3n.

Superada la etapa colonial y ya en pleno siglo XIX, el proceso que se desarrolla en El Tocuyo y sus alrededores tiene su eje en el aspecto educativo, lo cual se va a ver materializado en la creaci3n del famoso “Colegio La Concordia”, de don Egidio Montesinos.

1. - *El proceso educativo: Colegio “La Concordia”*

Remont1ndonos un poco hacia el pasado, diremos que don Pedro Manuel Yepes, tocuayo de nacimiento, fue el creador de la C1tedra Latina en esa ciudad: Fue un cl3rigo de larga y fruct3fera trayectoria sacerdotal, que tuvo entre sus principales metas la de contribuir a la cultura y progreso educativo de la comunidad tocuayana.

Sin embargo y a pesar de haber dejado sus bienes para la fundaci3n de una C1tedra Latina en esa ciudad, el proceso de esta fundaci3n fue muy lento y aun con el inter3s de algunos Patronos de la obra, esta C1tedra no produjo los beneficios a que aspiraba su fundador.

Es obvio que en dicha C1tedra se prepar3 una generaci3n de j3venes que constituyeron el origen del futuro Colegio Nacional.

A1os despu3s de la muerte del Dr. Yepes, en 1799, fue cuando se dieron los primeros pasos para el establecimiento provisional de la C1tedra. En 1807 era profesor de ella don Manuel Narciso Falc3n. Como en 1812 hab3an quedado extinguidos los Conventos de San Francisco y Santo Domingo, la cultura conventual que hab3a sido el germen intelectual de los tocuayanos, sufri3 un golpe mortal: de all3 el inter3s de mucha gente por recuperar parte de ese legado. . .

En 1813, en plena guerra emancipadora, los Patronos pidieron autorizaci3n para establecer definitivamente la C1tedra Latina. En 1815 regent3 dicha C1tedra don Manuel Ram3n Yepes, pariente del fundador y quien ten3a una gran preparaci3n filos3fica, siendo luego el pilar fundamental del Colegio Nacional.

A pesar del interés demostrado por el erudito médico José Cruz Limardo, en 1823, para la creación de una Casa de Educación en El Tocuyo, esta iniciativa no tuvo éxito.

Aun con los graves problemas políticos por los cuales atravesaba el país, la marcha de la Cátedra de Latinidad era absolutamente normal. En 1831 hizo un reclamo a la Junta de Patronos respecto al pago de su sueldo, pues le adeudaban 150 pesos. A pesar de no habersele solucionado el problema económico, don Manuel Ramón Yepes, con gran desprendimiento y sentido de responsabilidad, siguió al frente de su Cátedra.

Poco a poco se fueron creando colegios en las capitales de provincias y en ciudades de tradición cultural, como era El Tocuyo.

A raíz de los sucesos políticos nacionales de 1830 en que, por la muerte del Libertador Simón Bolívar y la desmembración de la Gran Colombia, Venezuela comienza a vivir su vida de nación independiente, con los problemas derivados de tal situación, sin embargo, estos factores negativos parecen ser superados y el 21 de agosto de 1833 el gobierno presidido por el General José Antonio Páez crea el "Colegio Nacional de El Tocuyo", el cual queda instalado el 1º de mayo de 1835.

Se establecieron como rentas del mismo los 5.000 pesos correspondientes a la antigua Cátedra de Latinidad fundada por don Pedro Manuel Yepes, con cuyo patrimonio se dio inicio al citado Colegio.

La época de la Gran Colombia no tuvo repercusiones positivas en cuanto a la instrucción en El Tocuyo, continuando sometida a tres escuelitas de primeras letras, mantenidas por los vecinos, una Escuela Pública pagada con las Rentas Provinciales y la Cátedra Latina instituida testamentariamente por don Pedro Manuel Yepes.

Una de las primeras tareas a las cuales se abocó, con interés nacionalista, el nuevo gobierno de Venezuela, separada ésta de la Unión Grancolombiana, fue la relacionada con el establecimiento de Colegios Nacionales para la instrucción de la juventud.

En el Decreto creador del Instituto tocuyano se alude a que los bienes de los extinguidos Conventos y de las Cofradías anexas deben ser aplicados a la instrucción pública y que teniendo la ciudad de El Tocuyo los elementos necesarios para el establecimiento de un centro literario, no es justo que los hijos deban separarse de sus padres para ir a sitios distantes en busca de instrucción o, en el peor de los casos, quedarse sin ésta por falta de medios.

Aunque se trataba de un centro de educación media, dirigida por un Rector, un Vice-Rector y varios Catedráticos, se acordó que la mejor Escuela de Primeras Letras que funcionara en la ciudad, podría unírsele y establecerse en el mismo local, pero con rentas separadas para su mejor desarrollo.

La Cátedra Latina del Dr. Yepes entró a formar parte del Colegio Nacional y aun cuando en el Decreto se establecía que aquélla debía seguirse por las con-

diciones impuestas por su fundador, con el tiempo ambas instituciones se fusionaron, tanto en su funcionamiento como en sus bienes.

El nuevo instituto se dotó también de una clase de Filosofía y de Retórica.

El sueldo del Rector era de 300 pesos anuales y el Vice-Rector y los Catedráticos ganaban 250 pesos. Todos eran nombrados a proposición del Concejo Municipal, quien escogía los candidatos entre las personas más competentes e idóneas de la comunidad. La sede del Instituto era la antigua edificación del Convento de Nuestra Señora de los Angeles, llamado también de San Francisco. Allí permaneció el Colegio Nacional durante sus 34 años de vida. Muchas veces se hicieron representaciones teatrales, pero en ciertas oportunidades también fue utilizado como cuartel, por las vicisitudes de las continuas guerras civiles en el siglo XIX venezolano. Sin embargo, en alguna de sus pequeñas celdas siempre hubo una Escuela Municipal con un entusiasta grupo de alumnos, aun en épocas de grandes dificultades y contratiempos políticos.

El Colegio Nacional tenía unos bienes muy apreciables provenientes de la extinción de los Conventos, tales como censos, solares, alhajas, donaciones, etc.

Una Junta de Rentas se encargaba de velar por dichos bienes y el Administrador ejercía el cargo *ad honorem*. Entre los más distinguidos de estos servidores de la comunidad se recuerdan a José Luis Pérez, El Dr. José Nicolás León y don Tomás Veracochea, aparte del eminente educador don Egidio Montesinos, egresado del mismo Instituto y docente en él por muchos años. Este Instituto siempre gozó de plena autonomía económica.

El régimen de gobierno implantado en el país en 1846 no influyó desfavorablemente en la buena marcha del Colegio Nacional, pues aunque dicho Instituto se debió al interés de la llamada Oligarquía Conservadora, el régimen nepótico de los hermanos Monagas no afectó de manera negativa el establecido régimen educativo imperante en el país, ya que los disturbios públicos no alteraron los estudios de los jóvenes, y menos en sitios apartados de la capital, como era el caso de El Tocuyo.

La crisis política en Barquisimeto, con el cambio de gobierno, no afectó al Colegio de El Tocuyo por cuanto a los políticos les interesaba más la política que la cultura.

Durante el año de 1852 el Colegio mantuvo una población escolar de 52 alumnos. En 1856 se estableció la Cátedra de Urbanidad y Buenas Maneras, la cual fue creada por don Egidio Montesinos.

La Guerra Federal o de los Cinco Años (1859-1863) afectó, no sólo al Colegio Nacional de El Tocuyo sino también a muchos otros centros educativos del país. Gran número de docentes fueron suspendidos por dificultades económicas del erario público y durante ese período la mezquina política de los gobernantes locales en la capital de la Provincia, Barquisimeto, hicieron que el Colegio de El Tocuyo decayera, a tal extremo que varias veces estuvo a punto de clausurar

sus puertas, para angustia y zozobra de muchos tocuyanos, pero sobre todo, del maestro don Egidio.

El día en que las Fuerzas Federales ocuparon la ciudad de El Tocuyo, el Rector se separó de su cargo y quedó al frente el Vice-Rector, don Egidio Montesinos, quien no lo reemplazó "por la situación excepcional creada por la revolución". El gobierno no había decidido nada al respecto, hasta que don Egidio decidió renunciar, tanto al Vice-Rectorado como a sus tres Cátedras de Filosofía.

El Dr. Ildefonso Riera Aguinagalde, jefe del gobierno en Nueva Segovia (como designó la Federación a Barquisimeto, recordando la época colonial), no le aceptó la renuncia y en una emotiva carta le ruega que se quede al frente de su noble cargo, a la vez que nombra al Dr. José Antonio Ponte como Rector.

Esto debe haber sido un duro golpe moral para don Egidio quien íntimamente anhela el Rectorado, ya que en la realidad él era el pilar fundamental de ese centro educativo.

Pero nuevas guerras azotaban al país y el caos se apodera de muchas regiones. El General Juan Crisóstomo Falcón, caudillo de la Guerra Federal y luego Presidente de la República, no puede hacer nada para restituir el orden social y José Tadeo Monagas se adueña del poder. Entretanto el Colegio de El Tocuyo, en plena decadencia por la falta de ayuda gubernamental, tiene que clausurar sus actividades, a pesar de ser en ese momento el único que estaba funcionando con relativa normalidad en todo el territorio nacional.

A lo largo de su vida, el Colegio Nacional rindió una vasta labor en el campo cultural y de sus aulas salieron personajes de gran relevancia en el ámbito de la nación.

Don Egidio Montesinos decide fundar su propio Instituto que llama "Colegio La Concordia", el cual se funda el 11 de enero de 1864 con doce alumnos: diez externos y dos internos.

Desde el comienzo se rigió por las leyes y disposiciones que regulaban la enseñanza en las Universidades y Colegios Nacionales.

Al principio no tenía facultad para otorgar grados de Bachiller y los graduandos tenían que acudir a Trujillo para obtenerlo, pues ya no existía el Colegio Nacional de El Tocuyo y el de Barquisimeto estaba inactivo.

"La Concordia" impartía enseñanza Primaria y Secundaria. Don Egidio solicitó de las autoridades permiso para conceder dichos títulos. Era el año de 1870 y con Guzmán Blanco en el poder, eran muchos los asuntos urgentes en la capital para que se le prestara atención a una solicitud de un humilde maestro de El Tocuyo. Sin embargo, apenas a los dos meses de gobierno, comienza Guzmán a demostrar con hechos que tiene un gran interés en resolver el problema de la instrucción en el país, que había llegado a niveles verdaderamente lamentables.

El 24 de enero de 1871 don Egidio se dirige de nuevo al gobierno pidiendo para su Colegio la facultad de conferir a sus alumnos el grado de Bachiller en Filosofía. Y dice en su comunicación:

“...en todo el occidente, ciudadano Ministro, y quizá en toda la República, no hay sino las Universidades de Caracas y Mérida que pueden conferir aquel grado, pues no existe un Colegio Público en actividad por las lamentables consecuencias de la guerra”.

Fue en 1874 que el “Colegio La Concordia” pudo lograr, al fin, que el Congreso Nacional declarara la oficialización de su enseñanza, por Decreto de 26 de mayo de ese mismo año.

En la época de Guzmán comienza el período de los colegios de Primera Categoría, que eran especies de Universidades, aunque con grandes deficiencias. Algunos Colegios Federales fueron elevados a esta categoría, como el de Barquisimeto, que tuvo vida universitaria a partir del 17 de setiembre de 1884, lo cual duró 20 años, hasta que entró en vigencia el Código de Instrucción Pública de 1904.

El Decreto de Guzmán de 1881, en que establece Colegios Federales de Primera y Segunda Categoría, no afectó para nada a “La Concordia”, ni a otros colegios particulares. Gracias a ese Decreto, “La Concordia” continuó su vida activa hasta los primeros años del siglo xx.

Entre los alumnos graduados en “La Concordia”, en 1880, figuraban José Gil Fortoul, Tomás Losada, Adolfo Tamayo León, Jesús María Yepes Garmendia, Tertuliano Herrera, Lisandro Gil, Ezequiel Bujanda, Carlos Tamayo y otros.

Los actos de graduación de “La Concordia” constituían verdaderos acontecimientos locales, con gran repercusión en toda la comunidad.

El día del grado del joven José Gil Fortoul, fue de especial significación, con una gran concurrencia, pues el graduando ya figuraba en el mundo de las letras y había publicado su primer libro.

Finalizando el siglo xix, además del Colegio La Concordia, que había adquirido una notable fama y adonde acudían estudiantes de muchas ciudades del territorio nacional, existían en Barquisimeto el Colegio Federal de Primera Categoría y el Colegio San Agustín, dirigido por el Presbítero Juan Pablo Wonhsiedler. En Carora estaba funcionando el Colegio La Esperanza, fundado por el Dr. Ramón Pompilio Oropeza.

Los disturbios políticos de 1892, como consecuencia del movimiento dirigido por Joaquín Crespo, no afectaron la normalidad de la instrucción pública en la zona.

En 1847 se había creado un Colegio Estatal de Niñas, dirigido por Angela Pérez de García y donde actuaba como Sub-Directora la señorita Trina Vidoza.

Más tarde fue Directora del mismo Teodora Veracochea de Halevyck y la Sub-Dirección estaba a cargo de Margarita Pérez Veracochea.

A dicho Colegio asistían las muchachas de la alta sociedad tocuyana.

En 1905 La Concordia volvió a la situación que tenía en 1874, ya que la nueva legislación le impedía otorgar grados. Otro duro golpe para el maestro Don Egidio.

Después de muchos avatares, la Ley sancionada en 1912 le permite de nuevo el otorgamiento de grados, pero ya la situación general del país es diferente y la creación de otros colegios en zonas cercanas a El Tocuyo hace que cada vez las promociones de La Concordia vayan mermando en cantidad. Don Egidio Montesinos, alma del Colegio y verdadero maestro de juventudes, murió el 26 de julio de 1913, época en que el último curso académico terminaba sus labores. El maestro cumplió hasta el final.

Muchos de los ex alumnos del Colegio La Concordia, de El Tocuyo, fueron figuras relevantes en el devenir histórico de la región y de todo el país.⁵

2. - Médicos, abogados, historiadores y poetas tocuyanos

El Tocuyo ha tenido un representativo grupo de hombres eminentes que se han distinguido en las diversas áreas del conocimiento y que han dejado huella en la cultura nacional.

Haciendo un breve bosquejo, diremos que en cuanto a profesionales de la Medicina en el siglo XIX, hubo varios nombres de gran significación, que nacieron en esa ciudad y en ella ejercieron su profesión, con mística y sentido humanitario.

El primer médico titular que ejerció la profesión en El Tocuyo fue el caraqueño José de la Cruz Limardo, quien le dedicó gran parte de su vida profesional y allí murió en 1851.

El primer médico tocuyano fue el Dr. Miguel González: se graduó en Caracas en 1840 y se trasladó a su ciudad natal, donde desempeñó con acierto su profesión.

Citaré otros médicos tocuyanos, con su fecha de graduación: Juan Antonio León (1845); Ezequiel Garmendia (1847); José del Carmen Montesinos (1853); Rafael Pérez (1856); Rosendo Pérez (1858); Fernando Tamayo (1868); Leonidas Agüero (1872); Rafael Cortez (1872); Lorenzo Lucena (1876); Joaquín Oropeza (1876); Juan Pablo Tamayo (1877); Martín Tamayo Pérez (1878); Juan Bautista Tamayo (1880); Rafael A. Pérez Villanueva (1880); Fernando Yepes Peraza (1883); Lisandro Alvarado (1883); Julio Olavarrieta (1883); Egidio Montesinos Agüero (1883); Carlos A. Pérez (1885); Jesús María Rodríguez Garmendia (1885); Lisandro Gil (1886).

En el campo del Derecho se han distinguido los Abogados Tomás Francisco Borges (1831); Miguel Anzola (1831); Daniel Garmendia (1844); Leonidas

5. CARLOS FELICE CARDOT. *Décadas de una Cultura*, pp. 1 y ss.

Anzola (1859); Juvenal Anzola (1885); Federico Yépez (1888) y Adolfo Tamayo León.

Entre los Historiadores ocupan especial sitio los Dres. José Gil Fortoul y Lisandro Alvarado. Aunque Gil Fortoul nació en Barquisimeto, su vida intelectual la desarrolló en El Tocuyo. Ejerció elevados cargos dentro de la vida nacional, habiendo sido Diplomático, Ministro de Educación, Presidente del Consejo de Gobierno y Encargado de la Presidencia de la República. Entre sus obras fundamentales, en cuanto a Literatura jurídico-política, resaltan su "Filosofía Constitucional", "Filosofía Penal", "El Hombre y la Historia" e "Historia Constitucional de Venezuela".

De Don Lisandro Alvarado, distinguida figura del siglo pasado, diremos que fundamentalmente fue historiador y filólogo. Escribió la "Historia de la Revolución Federal en Venezuela", "Neurosis de hombres célebres de Venezuela", "Glosario de Voces Indígenas de Venezuela" y muchas otras obras de diverso temario.

Entre los poetas más notables tenemos a Egidio Montesinos Agüero: muchos de sus poemas están recogidos en la obra Campánulas. Roberto Montesinos escribió, entre otros, "La Lámpara Enigmática" y "Yermo de los Extravíos". Alcides Lozada, escritor, poeta y periodista, nos dejó "El Toque de Ave María", "El Huerto del Silencio" y "Noches", entre su obra poética más importante. Su hermano Hedilio Lozada escribió "Campanas de mi Pueblo" y "La Mala Nueva".

La obra escrita de autores tocuyanos del siglo pasado representa un buen porcentaje de la bibliografía venezolana, y en ella se trasluce todo un universo de conocimiento científico y humanístico de gran valor para la cultura nacional.⁶

3. - *Música y folklore*

El Tocuyo siempre ha sido un pueblo musical. La música en sus templos fue factor de relevancia en la vida cultural de la ciudad, desde épocas muy remotas. Ha tenido una tradición musical difícil de igualar: desde el siglo XVII ha habido músicos notables, como el Presbítero Francisco Pérez Camacho, quien se distinguió como músico en la Catedral de Caracas y llegó a desempeñar la Cátedra de Música en la recién fundada Universidad de Caracas, en 1725.

Con respecto al siglo XIX, hubo Coristas importantes que figuran en los anales de la historia musical de la ciudad: entre ellos se destacan Leandro Alvarado (1820), Pedro Alvarez (1830), José María Rodríguez (1840), Saturnino Rodríguez García (1860): fue don Saturnino uno de los más notables músicos de su época.

Don Saturnino Rodríguez, quien nació en jurisdicción de Guarico pero ejerció en El Tocuyo y allí fundó escuela, a pesar de haber quedado ciego, tuvo una dilatada labor como docente en el campo musical. Recibió clases de Teoría, Solfeo

6. RAFAEL DOMINGO SILVA-UZCÁTEGUI. *Enciclopedia Larense*, T. II, pp. 121-122.

y Organo con don José María Rodríguez y, con un gran deseo de superación, estudió Latín, Filosofía y Gramática en el Colegio La Concordia. Músico de vocación, llegó a aprender a tocar guitarra, violoncello y flauta. Estudió el sistema Braille, para ciegos y así adquirió conocimientos de inglés y francés. Ejerció el Profesorado de Música en Quíbor y allí formó grandes músicos, como Gelacio Rivero, Simón Sánchez Durán, Clemente Echeagaray, Félix Francisco Rodríguez y Francisco Giménez, destacados flautistas. También formó violinistas como Félix Sánchez Durán, Pablo Rivero García y Pablo Hilario Giménez. En 1864 Don Saturnino regresa a El Tocuyo y crea un Colegio de Música, donde enseñó hasta 1876. En 1884 creó en El Tocuyo la célebre Banda Bolívar, agrupación orquestal de gran significación. Compuso piezas de carácter religioso y popular y fue el primer músico tocuyano que introdujo el estilo europeo en sus valeses. Su hijo, Don José Angel Rodríguez López, también fue un insigne maestro de música y compositor eminente.

Isidoro Agüero fue otro músico tocuyano, quien desde muy joven se dedicó a tocar el violín. Al comienzo lo hacía por oído, pero luego estudió bajo la dirección de Don Saturnino y llegó a formar parte de la Banda Bolívar. Fue un buen compositor.

Rafael Rodríguez Veracochea, de la escuela de Don Saturnino Rodríguez, llegó a ser un gran clarinetista. Se dedicó a la composición, pero también adquirió fama como intérprete y maestro. Murió en 1900, en una revuelta política que hubo en El Tocuyo.

Jesús María Falcón desde joven se aficionó al violín. Fue Director de la Banda Bolívar y compuso piezas religiosas y populares, como valeses, polkas, joropos y marchas.

Jesús María Yépez Coronado, gran compositor, compuso muchos valeses y bambucos. Es el autor del conocido valse "Penumbas".

Gelacio Rivero, quien nació en Quíbor pero vivió muchos años en El Tocuyo, se dedicó a tocar la flauta. Fundó y dirigió por varios años la agrupación denominada Banda Unión. Fue maestro, director, concertista y compositor. Llevó músicos de otros lugares para organizar su Banda Unión, y entre ellos figuran Ramón Mavare (falconiano), quien formó parte de la célebre Orquesta Mavare, de Barquisimeto, fundada por Miguel Antonio Guerra en 1899; en ella también participaron Juan Antonio Flores, clarinetista trujillano y Juan de la Luz González, natural de Humocaro Bajo.

José Antonio Montesinos, hijo de Don Egidio, adquirió sus primeras nociones de música de la monja María Antonia Yáñez, quien le enseñó Teoría, Solfeo y Piano. Luego siguió estudios con la Profesora Ismenia Castillo. Cuando visitó la ciudad de Barquisimeto el célebre violinista cubano Claudio José Brindis de Salas, en 1897, Montesinos lo acompañó al piano. También lo acompañaron en sus conciertos las pianistas barquisimetanas Friné Pérez e Ismenia Castillo.

Juan de Dios Losada Cadenas, aunque nació en Guarico, fue un personaje importante en la historia musical de El Tocuyo. Se hizo sacerdote y en El Tocuyo

se integró al ambiente musical de la ciudad, que como hemos visto, tenía un gran desarrollo. Actuaba en veladas realizadas en la casa del también músico Don José Angel Rodríguez López. El Padre Losada ejecutaba el violoncello, Don José Angel el violín y su cuñada Magdalena Tamayo (hermana de Pío Tamayo), el piano: así formaban un exquisito trío que interpretaba música de Cámara.

Jesús María Peñuela Tamayo se especializó en el clarinete y formó parte de varias agrupaciones musicales. Fue compositor de piezas bailables.

El ya citado Don José Angel Rodríguez López, hijo de Don Saturnino Rodríguez, heredó su oído musical, así como el de su abuelo y bisabuelo, que también fueron músicos importantes. Tocaba flauta y violín, así como violoncello, piano y guitarra.

A los 20 años de edad fundó una Escuela de Música, donde enseñó gratuitamente a un distinguido grupo de alumnos. Fue un gran compositor: entre su obra, recopilada por su viuda e hijas (artistas también) hay valeses, mazurcas, joropos, himnos, merengues, marchas, etc.

Napoleón Lucena, estudió música desde muy niño, llegando a ser un magnífico clarinetista.

Ya en este siglo (1915) asume la dirección de la Orquesta Mavare. Fue un gran compositor y mejor ejecutante. Compuso muchos bambucos y valeses de gran belleza.

Y una distinguida mujer fue Doña Hortensia García de Yépez Borges, quien cultivó con éxito la música y las letras. Escribió muchas piezas musicales y obras de teatro. Tenía en su casa un taller artístico, frecuentado por los tocuyanos amantes del arte escénico. Allí se efectuaban veladas artísticas y literarias donde ella era Directora, Autora y Actriz.

Las Bandas Musicales más importantes del siglo pasado, en El Tocuyo, fueron la Banda Bolívar, conjunto orquestal fundado en 1884, que fue la iniciadora de las retretas dominicales; y la Banda Unión, fundada en 1885 por el ya nombrado Profesor Gelacio Rivero.

Como puede observarse a través de este breve recuento, la vida musical en El Tocuyo del siglo XIX mantuvo una superación constante a través de los años y las vicisitudes de los conflictos políticos de la nación no pudieron afectar el normal desarrollo de estas actividades culturales.⁷

En cuanto al Folklore tocuyano, la representación más cabal se encuentra en el Tamunangue, que no es un baile de regocijo, como se le ha querido presentar recientemente, sino por el contrario es sustancialmente ritual y religioso, ya que es un baile de los negros dedicado a San Antonio.

El Tamunangue es baile y canto ritual, consagrado al Patrono de los negros. Tiene diversas partes y figuras, como La Salve, El Galerón, El Seis *Figuriao* o

7. ELENA DE GARMENDIA. "Música y Músicos de El Tocuyo". En: *Revista El Tocuyo* Año 1, jul.-ago. 1977, pp. 15 y ss.

Corrió, *El Poco a Poco*, *Los Calambres* y *La Batalla*, luego *La Bella*, *El Yiyivamo*, *La Juriminga* y *La Perrendenga*.

El canto es acompañado por instrumentos como cuatros, cinco tocuyanos, medios cinco, maracas y un tambor. Los cantantes, cuando son muchos, se agrupan en coros. La pareja central la forman *El Capitán* y *La Capitana*, pero también hay *Capitanes Menores* que intervienen en el baile.

El *Golpe Tocuyano* es también una típica expresión de la región: es música sólo para oír y pocas veces se baila. El maraquero y los tamboristas jamás cantan y las mujeres ni lo cantan ni lo bailan porque, durante siglos, ha estado reservado a los hombres: es una tradición respetada por el pueblo.

El *Argumento* es oriundo del medio rural tocuyano y es un verdadero duelo en verso y con música, que se lleva a cabo entre dos cantantes "argumentistas", lo cual muchas veces degenera en riña, por el sentido ofensivo de la letra.

CONCLUSIONES

A través de este estudio del siglo XIX en *El Tocuyo*, llegamos a la conclusión de que la vida social, política, económica y cultural, en general, de esta ciudad no se vio afectada directamente por los avatares de las luchas bélicas que sí se dieron con mayor dramatismo en otras regiones del país.

Además, los tocuyanos fueron más teóricos que prácticos en lo referente a las discrepancias ideológicas y desde las tribunas periodísticas divulgaron sus ideas, sin tomar parte activa en el campo de batalla.

Según el escritor Carlos Bujanda Yépez, hay tres factores fundamentales que han influido en el nativo de *El Tocuyo*, y que se manifiesta en la música alegre y la ingenua poesía del *Golpe Tocuyano*:

"...clima cálido imperante en las vegas del río *Tocuyo*, que estimula la creación intelectual; paisaje de permanente verdor de mil matices, que inspira y sublimiza la concepción artística, y economía satisfactoria y estable, que permite la pausa en el trabajo muscular y las manifestaciones del intelecto, con la indispensable tranquilidad espiritual del trabajador rural que ha sido a través de los siglos el autor por excelencia de tan originales y agradables melodías".⁸

Es posible, realmente, que estos tres factores, expliquen la idiosincrasia tocuyana y el transcurrir de la vida en *El Tocuyo* a través del tiempo.

BIBLIOGRAFIA

- ALVARADO, LISANDRO. *Glosario de Voces Indígenas de Venezuela*. T. I.
 BUJANDA YÉPEZ, CARLOS. *Crónicas de la Ciudad Madre*. *El Tocuyo*, 1969.

8. CARLOS BUJANDA-JEREZ. *Crónicas de la Ciudad Madre*, p. 189.

- CUNILL GRAU, PEDRO. "El País Geográfico". En *Venezuela*, 1883. T. I. Caracas, 1983.
- DEPONS, FRANCISCO. *Viaje a la Parte Oriental de Tierra Firme*. 5 tomos.
- FELICE CARDOT, CARLOS. *Décadas de una Cultura*. Caracas, 1951.
- . "Evolución de la Educación Secundaria en El Tocuyo". En: *Monografía de El Tocuyo*. Caracas, 1945.
- LEJTER KISNER, ELSA. *Una Revolución Silenciosa*. Caracas, 1966.
- Monografía de El Tocuyo*. El Tocuyo, 1945.
- RODRÍGUEZ DE GARMENDIA, ELENA. "Música y Músicos de El Tocuyo". En: *Revista El Tocuyo*, Año 1, julio-agosto, 1977.
- SILVA UZCÁTEGUI, R. D. *Enciclopedia Larense*. 2 tomos. Biblioteca de Autores Larenses, Ediciones Presidencia de la República, Caracas, 1981.
- TROCONIS DE VERACOECHEA, ERMILA. *Historia de El Tocuyo Colonial*. 2ª edición. Ediciones de la Biblioteca de la U.C.V. Caracas, 1984.
- . "Apuntes sobre la Creación de la Provincia de Barquisimeto". En: *Boletín Academia Nacional de la Historia* N° 259. Julio-setiembre, 1982.